

LA NOVELA



METRO-GOLDWYN-MAYER

IBERICA S.A.

Cruel dilema

Aileen Pringle Norman Kerry
Lionel Barrymore



LA NOVELA METRO-GOLDWYN-MAYER

IBÉRICA, S. A.

Año II Publicación Semanal de argumentos

Núm. de películas de

65

METRO GOLDWYN MAYER

25

Cénts.

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - Teléfono 18551 - Barcelona

CRUEL DILEMA

BODY AND SOUL
1927

Emocionante producción, interpretada por

NORMAN KERRY,
AILEEN PRINGLE y
LIONEL BARRYMORE

Producción

Metro - Goldwyn - Mayer

DISTRIBUIDA POR

METRO - GOLDWYN - MAYER

IBÉRICA, S. A.

MALLORCA, 220 — BARCELONA

Revisado
por la censura gubernativa

Imp. Badía — Dr. Dou, 14. — Barcelona.

CRUEL DILEMA

Argumento de la Película

En pleno paisaje suizo, donde se yerguen los majestuosos picos de los Alpes con sus nieves eternas, se levantaba en la cumbre de un paso peligroso que conduce al monte Matterhorn, una antigua taberna.

Cierto día el dueño y los concurrentes tuvieron que auxiliar a una bella muchacha que se había caído en el patio.

Era Hilda, la nueva criada de la taberna; una mujer de belleza singular, de grandes ojos soñadores...

Se quejaba de profundos dolores en el hombro.

El tabernero dijo:

—Voy a ver al doctor Leyden. Lo traeré si es que no está del todo borracho, como acostumbra.

El doctor vivía todavía en la taberna, permaneciendo la mayor parte del día recluido en su

cuarto. Era soltero, de mediana edad, entregado al vicio del alcohol.

Se hallaba todavía en la cama. El dueño le despertó y le rogo con angustia:

—¡Por favor, doctor, venga usted! La muchacha no puede aguantar los dolores. Se ha caído.

—¿Cuántas veces quiere que le diga que yo no ejerzo el oficio?

—Es que no hay por estas cercanías ningún otro médico. ¡Es una obra de humanidad, doctor!

El doctor Leyden dejóse convencer y, vistiéndose rápidamente, se dirigió a la sala inferior.

Examinó a la muchacha y le frotó con fuerte masaje el hombro contusionado. Afortunadamente, no había fractura de ningún género y el dolor sólo tenía por causa el trompazo.

Poco después, la criada estaba ya casi bien y el doctor la hizo tomar una copita de coñac para que acabara de reaccionar.

Ya bien del todo, la contempló con admiración, sonriendo ante su cálida y juvenil hermosura. Le prodigó varias frases galantes, que la muchacha aceptó sonriente.

Leyden volvió a su habitación y el dueño comentó, dirigiéndose a Hilda:

—El doctor estuvo muy amable contigo... tal vez demasiado amable. ¡Vigila!

Hilda hizo un gesto indiferente. ¿Qué le importaba a ella el doctor? Pero le estaba muy agradecida porque la había puesto bien.

A la mañana siguiente Hilda pudo ya cumplir sus obligaciones.

El doctor bajó a verla y le dijo:

—¿Cómo tiene usted el hombro? ¿Se siente bien?

—Sí. Ya no me duele.

Leyden palpó la desnuda espalda de la muchacha y su exploración ya no fué de médico, sino de hombre...

Hilda pareció comprender y se retiró unos pasos.

El médico volvió a acercarse y le dijo muy cariñosamente::

—¿Sabes que me parece que te voy a querer?

Hilda se echó a reír.

—Dime: ¿eres casada?

—¡Oh, no!

—¡Ahora estoy seguro de que te voy a querer!

Había en sus palabras cierta ternura bondadosa e Hilda, a pesar suyo, las escuchaba complacida.

—Oye—siguió diciendo Leyden—, por lo pronto, desde mañana arreglarás mi habitación... y me servirás a la mesa todos los días... y te encargarás de cuidarme... constantemente... ¿Te acordarás de ello?

—¡Sí, señor doctor!

—Pues... si me quieres tener contento, cumple mis deseos.

Hilda volvió a sus faenas y el médico saboreó en sueños una delicia azul de amor que pasaba

entre el vaho rojo que siempre había en su cerebro.

Pasaron algunos días durante los cuales Hilda se aprestó a servir lo mejor que pudo al doctor, sin que éste exteriorizara, por otra parte, sus sentimientos. Le gustaba aquella criatura, pero no se lo había dicho.

Una noche, muchos vecinos, reunidos en la taberna, esperaban la llegada de Ruffo, campeón de saitos con skis.

—¡Ya llegó Ruffo! ¡Aquí está!—dijeron varias voces.

Y un muchacho apuesto, gallardo, de atlético porte apareció en la puerta, vestido de alpinista.

—¡Muchachas!—exclamó sonriente—. ¡Dios las bendiga y las guarde... para Ruffo!

Las chicas reían contentas de ver al campeón. Una de ellas le entregó un ramo de flores. Luego rieron sus palabras y sus ternezas.

El doctor estaba en la misma sala presenciando aquella recepción. Bebía constantemente.

Hilda vio a Ruffo e instantáneamente quedó enamorada de él. Fué el amor relámpago, el amor fatal...

También el joven atleta sonrió a la doncella y le lanzó varias miradas picarescas, que el doctor sorprendió malhumorado.

Ruffo habló con Hilda y ambos simpatizaron con verdadera atracción.

Las otras muchachas volvieron a sus casas. La taberna quedó de nuevo en relativo silencio.

El tabernero presentó mutuamente a Ruffo y al doctor.

—¡Ah! ¿Usted es médico?—dijo Ruffo, extrañado al ver su aspecto de hombre cansado y absorbido por el vino.

—Sí—contestó con amarga ironía—. Soy el doctor Felipe Leyden, lo que resta del un día famoso cirujano...

Hilda se acercó para servirles cerveza y Ruffo, audaz, la besó varias veces la mano.

—Usted puede quedarse con la fama, doctor; yo me quedo con los besos—dijo riendo.

Alzó la copa y brindó:

—¡Por usted, doctor; por mi juventud y por la belleza de Hilda!

Leyden le contemplaba con disimulado odio mientras fumaba su vieja pipa.

Se sentía inferior ante aquel arrogante mozo, que le iba a ganar en el corazón de Hilda.

Después, los dos jóvenes se alejaron.

A medida que fueron hablando sintiéronse más compenetrados, más llenos uno y otro de amor.

Leyden, terriblemente celoso, fué a espiarles les descubrió en la lodega hablándose tiernamente.

Ahogó un suspiro de rabia al ver que se besaban. Y se alejó de allí pensando que ella y Ruffo pasarían juntos la noche en una embriagadora locura de amor.

¡Maldito jovenzuelo!

Al día siguiente, Ruffo, después de haber logrado obtener el amor de la muchacha, se dispuso a partir,

Volvería; estaba tan enamorado de la linda montañesa, que pensaba casarse con ella.
Unos meses de ausercia y el retorno...



...la besó varias veces la mano.

Hilda había tenido que salir para unas compras y en aquel intervalo un automóvil que conducía una muchacha vino a buscar a Ruffo.

Este escribió una carta y la entregó al doctor diciendo:

—¿Me hará usted el favor de dar eso a Hilda cuando vuelva?

—Sí—dijo el médico.

Ruffo se despidió de él.

—Es mi hermana la que ha venido a buscar-me—dijo—. Tengo que irme en seguida.

Y abandonó la taberna.

Una sonrisa de odio flotó en los labios del médico. ¡Buen viaje... y que no vuelvas!—pensó.

Rasgó el sobre que le había dado para Hilda y leyó:

Hilda: Siento mucho tener que marcharme sin despedirme de ti, amada mía. Los días me parecerán siglos hasta que pueda volverte a ver... pero volveré. ¡Ojalá sea pronto.—Ruffo.

Rompió la carta en pequeños pedazos. ¡Nada, nada debía saber Hilda de aquel hombre, que ojalá se fuese al infierno!

Poco después apareció Hilda y preguntó:

—¿Se ha marchado ya Ruffo?

—Sí—contestó, malévolo, el doctor—. ¡Y con una chica que parece querer muchísimo!

—¿Qué dice usted? ¡Oh, yo no lo creo!

—Quizás lo veas aún con tus propios ojos. ¡Mira!

Abrió la ventana.

Hasta aquel momento no había arrancado el coche e Hilda pudo ver a Ruffo en el automóvil al lado de una hermosa muchacha.

Las lágrimas acudieron a sus ojos ante la "traición". ¡Bandido!

—¡Tontuela!—le dijo el médico, contento de su satánico plan—. ¡Tú no eras para Ruffo sino una de tantas!

—¡Qué desengaño!

—No te quería sino para pasar el rato. Así sois la mayoría de las muchachas: tontas.

Hilda fué a llorar su dolor a su habitación, un dolor que parecía no poder tener fin.

Pocos meses más tarde la muchacha reaccionó contra el amargo recuerdo y ya no volvió a acordarse de Ruffo.

Leyden, el médico que hasta entonces había ocultado el amor que sentía por ella, le dijo al verla ya tranquila:

—Hilda, tú y yo somos dos almas solitarias...

—Es verdad, señor...

—Pero en nuestras manos está el remedio. ¿No adivinas por qué he dejado de embriagarme?—le dijo.....

Así era, en verdad; llevaba bastante tiempo apenas sin probar el vino.

—¿No sé!...

—Porque quiero merecer tu amor.

—¿Usted?

—Quiero que te cases conmigo, Hilda!

—¿Casarme? Una muchacha como yo... una humilde criada?

—Sí!... Estoy dispuesto a darte mi nombre!

Hilda dudó unos momentos. Aun el recuerdo de aquel amor fugaz de otro día pasó por su alma. Mas ¿qué iba a hacer en lo sucesivo? ¿Por qué no aceptar la posición que le brindaba aquel antiguo y famoso cirujano?

Y le dijo que sí, prometiéndole ser una esposa digna y fiel.

Se casaron en junio... y su nido de amor fué un chalet cerca de la taberna.

El doctor era en apariencia feliz aunque a veces demandaba al vino más felicidad.

Algo le roía el alma: los celos... Sabía que existía Ruffo y que aquel hombre...

Muchas veces tenía que interceptar las cartas que Ruffo enviaba para Hilda creyéndola aún soltera.

La joven ignoraba aquella correspondencia que no podía tener contestación.

Un día el doctor interceptó otra carta de Ruffo que decía:

Hilda querida:

Nunca contestas mis cartas... ¿por qué?... Yo no te he olvidado, amada mía, ni un solo minuto... ni uno solo.

Hoy te mandé por correo un vestido que compré en Zurich. Es para que te lo pongas

el día de mi regreso... que será tan pronto como los campos se cubran de nieve otra vez.

Para ti toda mi devoción y todo mi amor.

Ruffo.

Y como siempre, aquella carta fué rota en pedazos para que su esposa ignorara la constante ternura del otro.

Momentos después apareció Hilda trayendo un cesto con frutos... El la contempló con cierto enojo, como si pensara que Hilda había amado antes que a él a Ruffo.

Desarrugando el ceño, dijo acariciándola:

—No quisiera que lastimases tus lindas manos trabajando para mí.

—¿Es que tienes celos de mi trabajo?— le dijo ella mientras le arreglaba el lazo de la corbata.

—Tengo celos de todo lo que te aleje de mí.

Entró el cartero con un gran paquete.

—¡Aquí hay un paquete para usted, Hilda!

—dijo— ¡Viene de Zurich!

El médico se estremeció... Sería el regalo que anunciaba en su carta el maldito Ruffo.

—Me atrevería a adivinar quien lo manda— siguió diciendo el cartero.

Hilda cogió la caja y sonriente dijo a su marido:

—¿Verdad que es tuyo?

La joven descubrió un hermoso vestido de aldeana y sus ojos parpadearon de emoción. ¡Qué bonito! ¡Qué gusto tenía su marido!

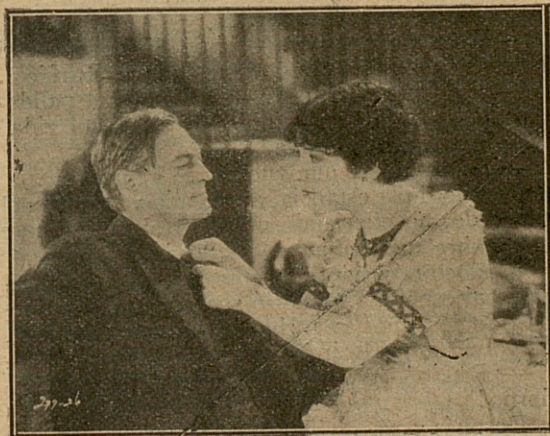
Marchó para ponerse aquel traje.

El cartero, riendo, dijo entretanto a Leyden:

—Tiene usted suerte, doctor, en tener una mujer tan joven, tan bonita y tan buena como ella.

—Sí!...

—La verdad, nadie creía en el pueblo que se fuese a casar con usted...



— *Tengo celos de todo lo que te aleje de mí...*

Sonrió el médico con ironía. ¿Es que le creían demasiado viejo?

Volvió Hilda vistiendo ya el típico traje del país. Estaba hecha una preciosidad, una monada...

El cartero se alejó... y Leyden contempló a su esposa con una mirada severa y amarga.

—¿Qué te pasa?—dijo ella, sorprendida.—
¿No me está bien? ¿No te gusta?

—¡Demasiado bonito!—respondió él, celoso.—
Este traie realza tu juventud y tu hermosura en contraste con mi vejez...

Ella se le quedó mirando con extrañeza...

—¡No... no... Leyden!...

—Y yo me pregunto—siguió diciendo él—si habrías sido más dichosa casándote con Ruffo...

—¿Por qué dices eso?—exclamo ella, palideciendo.—¡Ruffo no significa nada en mi vida!

—Pero quizás vuelva...

—Yo no quiero que vuelva, no lo quiero...

Y salió de la estancia, amargada ya por aquel recuerdo, no queriendo nunca encontrarse ante el hombre que había sido su primer amor.

El doctor, repentinamente triste, fué a mirarse al espejo. Descubrió sus arrugas, las huellas de los años manchando su flácida piel... Y volvió a verse inferior a Ruffo...

—¡Ruffo!—gritó.—¡Así se lo trague el infierno!

Después para olvidar la inferioridad en que se veía, cogió un vaso y lo llenó varias veces de coñac.

¡Uf!... ¡Qué fuego... qué ardor... pero que bien sentaba aquello!

* * *

Transcurrieron los meses y el temor de que volviese su rival había de nuevo entregado a la bebida al doctor Leyden.

Ya apenas paraba en casa pasando la mayor parte del día en la taberna, borracho como una cuba.

Creía que su mujer pensaba todavía en Ruffo de la que él le había separado a traición... ¡Ah, maldita vejez!...

Y bebía, bebía... hasta sumirse en una inconsciencia imbecil.

Una noche Ruffo, el famoso alpinista, se presentó en la taberna casi desierta a la sazón...

Después de saludar al dueño Ruffo vió a un hombre que estaba sentado ante una mesa.

A pesar de su aspecto envejecido, le reconoció:

—¿Es ese el doctor Leyden?—preguntó.

—Sí, pero ha bebido tanto últimamente que está medio loco.

—¡Pobre hombre!

—Se ha casado... y se figura que todos se enamoran de su mujer...

Ruffo se dirigió hacia él. Se estremeció al ver

su aspecto macilento, apagado, de hombre que busca en el vicio el olvido...

El doctor le contempló también con sorda rabia. ¡Ah, Ruffo! ¿A qué venía? ¿Por que le insultaba con el arrogante espectáculo de su insolente juventud?

Ruffo, amablemente se sentó a su lado, a tiempo que apuraba un buen vaso de cerveza.

—¡Hombre, querido doctor... me han dicho que se han casado con usted!...—exclamo bur-lón.

—Sí, me he casado... ¿y qué?—respondió con agresividad el borracho.

Ruffo se echó a reír y dijo intentando calmarle:

—¡No se enfade usted conmigo!... ¡Ella no me interesa!

Cogió un hierro candente y encendió su cigarrillo brindándolo luego al médico para que encendiese el suyo.

—Y mientras tenía el hierro en la mano, dijo:

—Mire, querido doctor... Si yo estuviese celoso de mi mujer... ¡la marcaría!

Y se echó a reír grotescamente señalando la barra al rojo vivo. ¡Qué ganas tenía de tomarle el pelo a aquel borracho!

Los ojos de Leyden parpadearon brutales.

—¿Eso haría?

—¡Naturalmente!—dijo Ruffo en el mismo tono de broma.—Para que se acordara siempre de que me pertenece... Así no padecería celos como usted...

La expresión del doctor fué trágica.

—¿Quiere decir marcarla lo mismo que se marca el ganado?... ¿Quemar su carne con hierro candente?

—¡Seguro!—siguió diciendo Ruffo.—¡Eso es más decisivo que un anillo de bodas!

El doctor se levantó, se puso el gorro de pieles y marchó hacia la puerta. Riendo a carcajadas, Ruffo siguió la broma:

—¡No se olvide!... ¡Márquele su nombre en la carne... pero no su dirección!... ¡Y tenga hielo preparado para enfriarla después!

Leyden desapareció y Ruffo dejó de reír para pensar en cosas más trascendentales... Basta ya de bromitas con el borracho.

Llamó al tabernero y le dijo:

—¿Recuerda usted a Hilda, aquella criadita?

—¡Se ha casado hace poco!

—¿Qué dice usted?

Y adquirió todo él una expresión de dolorosa tristeza.

—¡Sí, se casó con el doctor!... Viven cerca de aquí.

—¡Dios mío!

Se levantó horrorizado...

—¡Y yo que bromeando le he dicho a ese alcohólico que la martirizara! ¡Es muy capaz el bruto de hacerlo, es muy capaz!... ¡Voy allá!

Y salió como una flecha con el temor de que Leyden llevara a la realidad el imprudente proyecto.

¡Cuán loco había sido Ruffo al decirle aquellas palabras! ¡Había jugado con fuego!

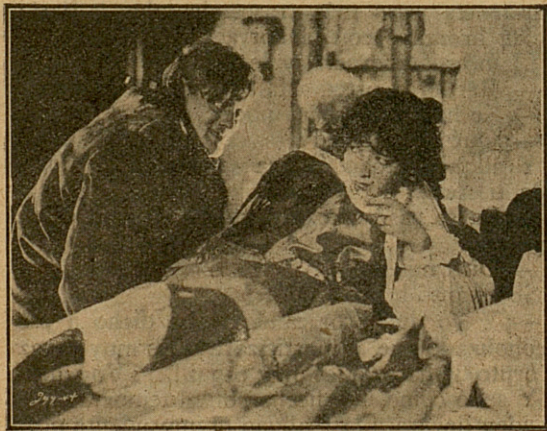
Leyden llegó a su casa... Las palabras de Ruffo repiqueteaban en su cerebro como un martillazo.

—¡Marcarla... como se marca el ganado!... —decía.

¡Bien, Ruffo! ¡Le había dado una buena idea y la llevaría a la práctica! Y en su mente enfermiza de borracho se forjaba ya un próximo y terrible crimen de extraviado.

Vió sobre una mesa un hierro y sonrió ferozmente...

—¡Marcarla... sí... marcarla!... —repitió.



¡Allá abajo tengo otro bonito regalo para ti!

Y lo puso en el encendido hogar para que el hierro se volviera rojo.

Luego, lentamente se encaminó hacia la alcoba matrimonial... Llamó a su mujer que dormía y que se sentó en el lecho espantada al ver el aspecto feroz, agresivo de su esposo.

—¿Qué te pasa, Leyden? —le dijo.

—¡Levantate! —rugió. —¡Allá abajo tengo otro regalo para ti!

Y lanzó una brutal carcajada...

—¡No... no!... ¡A esta hora no! —dijo la pobre Hilda sollozando y temiendo algo terrible.

—¡Yo lo mando... yo... que soy tu dueño!...

Y zaratandola cobardemente la sacó del lecho y la obligó a seguirle.

—¡Ven... no temas... un regalo!... ¡Ja... ja... ja!...

—¡Leyden!... ¡Leyden... por favor!

Fueron a la cocina... Las llamas ardían en el hogar donde se quemaba el hierro.

Hilda pretendió huir, pero su marido, brutal y forzado la ató las manos con unas cadenas suspendidas del techo...

El doctor se tambaleaba mirando al fuego y a Hilda.

Ella lloraba, demandando piedad sin saber qué se proponía aquel hombre... Se habría vuelto loco, loco de repente...

—¿De quién eres tú, mujer? —dijo de pronto.

—¡Leyden... vuelve en tí!... ¡No me hagas daño!... ¿Es que no me quieres, Leyden? ¡Por Dios!...

—¿Si te quiero?... ¡Ja... ja... ja!... ¡Te quiero... y por eso marcaré tu carne para que sepan todos que me perteneces!

—¡Leyden!—exclamó angustiada.



—...marcaré tu carne para que sepan todos que me perteneces!

Pero el bárbaro había cogido con unas tenazas el hierro abrasador, candente...

Hilda vió brillar el rojo de la barra y lanzó un grito desesperado:

—¡Socorro... socorro!

El doctor con instinto salvaje aplicó el hierro encendido a la espalda desnuda de su mujer como un cauterio...

Escuchóse otro grito de agonía... y un repentino olor de carne quemada...

Hilda con el rostro congestionado de sudor, creyó que iba a morir.

El grito había sido oído por Ruffo que buscaba la casa de los Leyden. Penetró en ella violentamente...

Y el terrible espectáculo, la cruel ceremonia que el bárbaro quería repetir, se presentó ante sus ojos.

—¡Ah, malvado!—rugió...

Se lanzó contra Leyden en feroz lucha. Logró arrancarle el hierro, y luego de un formidable puñetazo le derribó en tierra sin sentido.

—¡Bárbaro... hijo del infierno, que había querido poner en práctica una broma inocente!

Después desató a la pobre Hilda que amarilla como la muerte se desvaneció en sus brazos.

Cargó sobre sus espaldas aquel dulce cuerpo y se alejó de aquella casa de maldición y horror.

Nevaba mucho...

En uno de los pasos de la montaña había una choza para refugio en el invierno de los caminantes perdidos.

A ella fué Ruffo con la mujer herida a la que colocó cuidadosamente sobre el camastro

lavando con su botiquín la fuerte herida abierta en su espalda como un círculo rojo.

Hilda volvió lentamente en sí, y en la debilidad de su imaginación pensó que Ruffo era el doctor y lanzó un grito doloroso.

—¡Hilda... no te asustes... soy yo... Ruffo!

Al escuchar aquel nombre la muchacha pareció calmarse y sonrió al hombre que la acababa de salvar y que antes había constituido su ilusión.

—¡Aquí estaremos hasta que te pongas buena, Hilda!... ¡No volverás con el malvado!...

Ella, entre el dolor de su herida, sonrió con repentina esperanza.

* * *

Se acercaba la primavera e Hilda se había ido restableciendo poco a poco.

Había llevado en aquel refugio algunos meses desde la noche terrible...

Ruffo la había cuidado con exquisita ternura y en sus confidencias Hilda supo toda la

verdad; que aquella otra mujer a la que creyó novia era la hermana de Ruffo y que éste le había escrito constantemente desde otros lugares.

¡El maldito doctor había interceptado las cartas y roto la felicidad de los dos!

Pero un día, Hilda manifestó su propósito de abandonar la choza.

—¿Quieres irte?—le dijo él, desesperado.—¡Tu marcha significará el fin de nuestra felicidad!

—¡Sí, tengo que marcharme!—contestó tristemente con una nobleza rayana en el heroísmo.—¡Todavía soy su mujer... he de reunirme con él!

—¡No quiero que vayas! ¡Tú eres mía, Hilda!... Lo eres mucho más que de él porque él te traicionó... ¿Es que no me quieres?...

—¡Te amo a ti, Ruffo... sólo a ti... pero!...

—¡Pues tú no volverás a su lado!... ¡Dejemos a la fiera en su cubil! ¡Yo iré a ver a Leyden! Tendrá que devolvarte tu libertad... y si no lo quiere, nos pasaremos sin ella.

La besó y partió luego en busca del malvado. Ella le despidió desde la ventana...

Mas de pronto... la nieve se hundió bajo los pies de Ruffo, formó como una especie de remolino y Ruffo desapareció en la fría y absorbente boca.

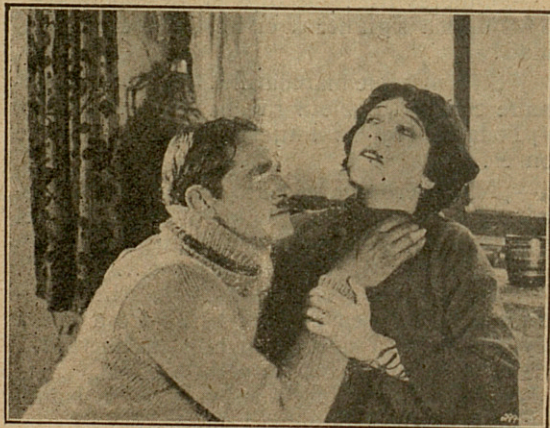
¡Horrenda desgracia!

Hilda lanzó un grito de horror dirigiéndose enloquecida en busca de socorro.

¿Habrá muerto?

¡Oh, entonces, mejor era morir con él!
Acudieron exploradores y guías y tras largas horas de penosos esfuerzos consiguieron liberar de su tumba de nieve al desgraciado.

Estaba sin sentidos... Su cabeza manaba sangre... ¡Un caso desesperado!



—... ¡no volverás a su lado!

Lo volvieron al refugio, mientras Hilda lloraba con desesperación.

Unos exploradores se dirigieron a la taberna en busca de un médico. Alguien les dijo que allí acostumbraba pasar la mayor parte del día cierto famoso cirujano.

El tabernero les señaló al doctor Leyden que seguía bebiendo incesantemente, buscando en el alcohol el remedio para olvidar.

Se acercaron a él.

—¿Es usted un doctor?—le preguntó uno de los exploradores, desalentado por el aspecto de aquel hombre.

Leyden se echó a reír.

—¡Y qué doctor, mi amigo!—exclamó, bebiendo una copita de coñac.

—¡Por favor! ¡Al otro lado de la montaña hay un hombre destrozado!

—¡Destrozado!... ¡Todo está destrozado!—exclamó Leyden, riendo.

Y luego añadió:

—¡Yo lo estoy! ¡Tu también!... ¡Todo el mundo está destrozado!

—Doctor, es un caso de conciencia... ¡Un hombre se muere!... Está allá al otro lado de aquel despeñadero... ¡Por favor!

Algo, la conciencia profesional, tal vez un sentimiento pequeñísimo de dignidad que no se había apagado aún por entero en su alma, hizo levantar a Leyden:

—¡Sea!—dijo—¡Voy a curarle!

Se tambaleaba. Pretendieron sostenerle, pero él les rechazó.

—¡No me sujeten! ¡No necesito su ayuda!

Una hora después llegaban al refugio... En un camastro estaba un hombre con la cabeza oculta por vendas que los exploradores le habían puesto al hacerle la primera cura.

Leyden le miró con curiosidad...

Abrióse la puerta y una mujer apareció en el umbral con un cazo de agua en la mano.

—Hilda!... ¡Ella!

La sorpresa de los esposos fué indescriptible... Ella le contempló con repugnancia y horror; él con un sentimiento malsano. ¡Ah, mal-dita! ¿Qué hacía allí?

Levden se inclinó ante el herido que seguía sin conocimiento y entre las vendas descubrió las facciones de Ruffo.

—¡Bandidos! Los dos juntos... como dos amantes!...

Ocultando su odio feroz, exclamó a un explorador:

—¡Tráigame coñac!

—¡Usted no puede beber nada ahora... teniendo este hombre la vida en peligro!

—¡Nadie tiene derecho a decirme lo que debo hacer... amigo!

Hilda, muerta de terror, estaba en un rincón. ¡Y era su marido, emborrachado y salvaje, el que debía curar a Ruffo! ¡Oh, sarcástico destino!

Sonriente, el médico dijo:

—Este hombre está muy grave. Hágame el favor de salir mientras yo hablo con esta mujer.

Se alejaron...

Quedaron frente a frente marido y mujer ante el amante herido. Hilda le miraba, aterrizada. El se puso a fumar un cigarrillo.

—¡Sálvale!—suplicó la joven—¡Por favor! ¿No vas a hacer nada?

—¿Yo?... ¿por él?

Y lanzó una carcajada infernal.

—¡Por favor... Leyden... por favor!... ¡Hazlo por mí! ¡No le dejes morir!

Leyden contempló de nuevo a aquel hombre inmóvil, a dos dedos de la muerte. En sus manos estaba darle vida o dejarle que se pudriera...

De pronto exclamó mirando duramente a su mujer:

—¿Hasta dónde irías por este hombre?

—¡Haría cualquier cosa!—exclamó ella con pasión.

—¿Le abandonarías... si viviese?

—¡Oh!... ¿Qué quieres decir?

—Si trato de salvarle... ¿me prometes volver conmigo?

—¿Yo a tu lado? ¡No, no!...

Y se acordaba del hierro caliente sobre su carne.

—¡Mejor! ¡Así morirá de una vez!

Hilda se desesperaba... ¿Qué hacer, Dios santo? ¡Qué dilema tan cruel! Si no accedía, Ruffo iba a morir; si aceptaba, ella tendría que ir otra vez con el borracho.

Pero una vez más triunfó la vida.

—¡Sí!—exclamó, noblemente.—¡Lo haré... te lo prometo!

—¡Muy bien! ¡Trato hecho! ¡Ahora mismo voy a operarlo!

Reía de modo cruel...

—Está en mí que viva o que muera! ¡Déjame solo!—siguió diciendo.

—Yo quiero verlo, estar a tu lado...

—¡No! ¡Marchate! ¡Traeme un poco de nieve!

Hilda salió y el doctor cerró tras ella la puerta con llave... ¡ja, ja! ¡Quería estar sin testigos!

La muchacha después de recoger la nieve quiso volver a entrar. Nadie contestó... Miró desde la ventana y vió horrorizada como el doctor se paseaba tranquilamente hablando y riendo a solas.

¡Dios mío! ¿Es que aquel hombre no cumpliría su promesa?

Leyden se decía contemplando el cuerpo inanimado de su rival:

—Muchos que no sirven para nada vienen a este mundo sólo para dar que hacer... Y uno de estos se va a ir esta noche.

Y señalaba a Ruffo inmóvil en el camastro...

¡No, no le operaría... que muriese... que se fuese al infierno!

De pronto escuchó los gritos que Hilda lanzaba desde la ventana, implorando piedad para salvar la vida de un hombre...

Y oyó otra voz en el alma que le decía no dejase a morir a Ruffo.

Luchó durante unos momentos... ¿Qué haría?... ¿Operarle o no?

Pero en su espíritu brilló repentinamente la luz del deber, el imperio del sacerdote de la ciencia que se acuerda de que la vida es sagrada.

Y de modo automático se dirigió hacia Ru-

fo... ¡Bien! ¡El era médico... y tenía la obligación de operarle aunque fuese su peor enemigo!...

No parecía que todo estuviese muerto en su alma... En la charca de su espíritu había aparecido una solitaria luz...

Y operó...

* * *

Más tarde abrió la puerta e Hilda que lo había presenciado todo desde la ventana, le miró con horror... ¿Vivo... o muerto?

—¡Ahí está lo que queda de él!—dijo Leyden.

La joven corrió a su lado y vió que Ruffo respiraba y que sus ojos comenzaban a abrirse.

—¡Vive... vive!—gritó.

—¡Sí—dijo Leyden con siniestra sonrisa.

—¡Vive!... ¡Yo ya he terminado mi misión! ¡Ahora vámonos!...

—¡Leyden!

—Ponte el abrigo... has de cumplir tu palabra.

Ella ocultando las lágrimas, le siguió... Gran

Dios ¡qué inmenso sacrificio! Pero ¿no era aquello una gran prueba de amor hacia Ruffo? Por salvarle la vida, ella aceptaba volver con el doctor...

de Leyden se tornó seria y dijo apartando de Mas ya junto a la puerta la expresión irónica su lado a Hilda.

—¡No... no me sigas!... Quédate! ¡Tú le le quieres más que a mí!

Y desapareció bruscamente dejando a su mujer llena de estupor y admiración.

¡Su marido había tenido un rasgo, una acción digna! ¡No era tan malo como parecía!

Leyden prosiguió su camino entre la nieve... Acababa de renunciar para siempre a su mujer. ¿Para qué quería vivir con ella, si Hilda no le amaba?

Además se sentía viejo y cansado de vivir. La muerte... ¡qué reposo tan dulce! ¡Si muriera!

—Muchos que no sirven para nada vienen a este mundo sólo para dar que hacer... Y uno de ellos se va a ir esta noche.

Apenas había pronunciado estas palabras un inmenso alud de nieve bajó de la montaña y el doctor no tuvo tiempo de huir...

Quedó sepultado bajo la terrible avalancha... Y desapareció para siempre sumido en aquel desprendimiento trágico...

Hilda quedó libre para amar... Y con Ruffo abandonó aquellas tierras de penoso recuerdo...

FIN

En breve:

Número Almanaque

de

LA NOVELA SEMANAL

CINEMATOGRAFICA

para

1 9 2 9

Alarde de buen gusto artístico y literario, como todos los años

Regalo de un lujoso álbum para coleccionar las postales de L. N. S. C. de 1928

EXCLUSIVA
DE VENTA

Sociedad General
Española de Librería

Barbará, 16
BARCELONA

Ferraz, 21 y Caños, 1
MADRID



[B.]